



LIBROS

académicos, su desconfianza sobre Barthes y el desenmascaramiento que hace del ambiguo carácter de E. Howard Hunt. Aún así no deja de resultar un tanto excesivo que un autor con la suspicacia de Vidal escriba todo un libro de ensayos con el único afán de la condena; para manifestar los rencores hacia hechos, literatos y personajes que, en su mayor parte, muy seguramente, de no haber sido atacados por Vidal, el propio juicio del tiempo los hubiera relegado al olvido.

MARIA LUISA PUGA: TESTIMONIO Y RESIGNACIÓN

Maria Luisa Puga: *Las posibilidades del odio*, Editorial Siglo XXI, México, 1978.

POR DANIEL SADA

El libro *Las posibilidades del odio* de la escritora mexicana María Luisa Puga (1944) cuenta las vidas de las víctimas del etnocentrismo y la explotación a cargo del imperio británico en Kenya. Los sucesos más relevantes de esa historia colonial sirven de marco de referencia al discurso, y las implicaciones sociales e insidias humanas son el testimonio de la autora como resultado de una larga temporada en esa nación.

En el año de 1888 se inicia el recuento de acontecimientos: la Compañía Británica del Africa del Este con base en Mombasa (franja costera de 10 millas de ancho) conviene con el sultán de Zanzibar en pagar una renta de 11 mil libras por ocupar el territorio, transacción que, siete años más tarde, produce sus verdaderos efectos: Kenya se convierte en Protectorado y, para 1920, se constituye en Colonia. Durante este período aún reina la paz, y los habitantes todavía no saben lo que significa el progreso. Kenya, al cabo de los años, se transforma en un foco de agitación contra los blancos. El monarca —para consolidarse en el poder— acepta las contradic-

ciones de una ideología mixtificadora que sólo persigue la explotación económica y el saqueo de las riquezas naturales. Es la legendaria concepción mitológica —que esconde motivaciones racistas e interpretaciones abusivas de vinculación— lo que vulnera las perspectivas de permanencia, y también, lo que diluye la realidad. El 12 de diciembre de 1963 Kenya es declarada independiente. Se nombra a Jomo Kenyatta como Jefe de Estado, quien, años después, forma la denominada Unión Aduanera con las naciones de Uganda y Tangayika. En 1973 Kenya es declarada Sede del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente, lo que representa, en apariencia, la culminación de una época de refriegas.

A fuerza de descripción, abundancia de diálogos, interacciones coloquiales, papeles sueltos y recolecta de datos aislados, los personajes adquieren presencia dentro de su circunstancia social; es mediante diversas confabulaciones como María Luisa Puga vindica los enfrentamientos políticos contra un sistema que tiene como premisa la civilización y el fervor al progreso, además de confrontar los mitos y aspiraciones de una y otra entidad. Sin embargo, las prioridades son otras. Hay la intención de patentizar —a través de la descripción de conductas— la contingencia de la vida occidental. Ese modo de concebir el mundo bajo el tamiz de una prolongada memoria cultural, la cual obedece a métodos doctrinales que, salvo su propia afirmación, no poseen una naturaleza colectiva, sino individual. La consecuencia es análoga a un ideal de supremacía que sólo alcanza a vincular conceptos tan abstractos como "libertad" y "poder", "igualdad" y "justicia", etc; de esta forma, y en último estado, es muy manifiesto que se abstraiga el presente y el porvenir. Una sociedad dominante que se preocupa por establecer normas que separen los actos de voluntad individual de los actos de voluntad colectiva, es decir, todo recae en el personalismo. No existen procesos naturales, sino implantaciones, esquemas de disciplina que no queda más remedio que acatar, cuestionamientos innecesarios que por sí mismos se justifican y sometimientos cuyo origen proviene de una susceptibilidad fortuita.

La novela —pese a sus méritos más inmediatos, es más producto de una consigna y una voluntad desbordada que de una interpretación congruente. Pero es aquí, precisamente, donde radica su verdadero valor. Los personajes actúan pero no reflexionan. La cotidianidad y la resignación parecen ser el móvil de esa existencia y, sin más posibilidades que la de odiar, las luchas están fundamentadas en la ponderación de una raza que añora su identidad y su vida, y no en las opugnaciones del sistema colonial. En el centro del relato existe una conciencia subjetiva y una mirada libre e inesperada que hace surgir a los acontecimientos; asimismo, hay monólogos y coloquios intemporales que se mezclan dentro del discurso, los cuales permiten discernir la intensidad de las vidas interiores: el repudio a la impotencia del hombre blanco para la libertad y el método estricto pero indefinible, en última instancia, para alcanzar el progreso. María



que ningún autor, por bueno que sea, puede salir bien librado: la crítica hecha con el afán del choteo premeditado, la crítica fácil, la del prevaricador.

En *Matters of Fact and Fiction* Vidal salva sólo a dos autores: a un extranjero, Italo Calvino, en una excelente ensayo, y a un norteamericano cuya afinidad con Vidal es más bien de clase social, de generación y de *glamour* que literaria: Louis Auchincloss. En contraste, y paralelo a su ataque a la academia, Vidal se lanza, con el ingenio y el humor que lo caracterizan, en contra de los *bestsellers* norteamericanos, en contra del *nouveau roman*, sus teóricos y en contra Roland Barthes, el gran profeta ("demasiado listo para escribir novelas"), bajo cuyas frías y rebuscadas alas se ha refugiado una buena parte de la nueva generación de escritores norteamericanos ("American Plastic" —dice Vidal que constituye su material narrativo) el tipo de Donald Bartheleme, John Barth, Thomas Pynchon y William Gass (único que es exorcizado por Vidal). El ensayista no es más generoso con su colega y viejo conocido Tennessee Williams a quien socarronamente llama *The glorious bird* y al que, a raíz de la reciente publicación de su autobiografía, desmitifica como dramaturgo: "el vocabulario de Tennessee nunca ha sido amplio (noto que aún piensa que ecléctico significa esotérico), como celebridad literaria y aún como homosexual". Junto con Williams, Vidal barre con Truman Capote, Carson McCullers y otras tantas figuras del "clan" que Vidal insiste en desprestigiar, no por su literatura, sino contándonos las mezquinas y sórdidas anécdotas del mundillo literario norteamericano. Las cuatro generaciones de la célebre familia Adams, la esposa de Ulysses Grant, el escritor-gangster E. Howard Hunt: uno tras otro desfilan ante la implacable crítica de Vidal. El resultado: un libro divertido aunque un tanto deprimente. Insisto en que comparto varios puntos de vista con Vidal e incluso algunos de sus prejuicios como su saludable ataque a los

Luisa Puga acierta al mostrar que para el habitante de Kenya no existe misterio dentro de lo cognoscible, dentro de lo real. En todo caso, el misterio tiene lugar cuando se respire la extinción de la sociedad, se transgredan las jerarquías y se haga a un lado la religión; el misterio es la síntesis de un acto de fe sobre lo que tiene la posibilidad de suceder. En todos los personajes de la novela no hay un reconocimiento del tiempo. Todo es circunstancia e incertidumbre, azar y sumisión inexorable. Los colonizados son vistos como producto, como efecto, y no como generadores de cambio, como opositores de un sistema colonial aberrante. La dependencia para ellos, en cierto modo, es aprovechable. Llegará el día en que estén completamente adaptados, añorando, pero, a través de mitos, su antigua realidad. Este conformismo (palabra occidental) es una manera de ser, es la libertad de pensar que así se debe ser.

Es aquí donde la escritora establece las equivalencias con México. Esa añoranza por los tiempos mejores, "ese ideal remoto de ser otra vez nosotros", y aunque se debate y se analiza la realidad, todo queda en la mesa de juego, "recordar, sólo recordar que tenemos que cambiar, que ya no es posible seguir viviendo así". Dentro de estas perspectivas entraría quizá la consideración más importante de la obra: el común de los habitantes de Kenya no ansía el poder porque no sabe lo que significa. El poder (otra palabra occidental) en todo caso, no es la serie de mecanismos que se deben utilizar para definir las necesidades sociales, sino un estado mítico que tiene implicaciones religiosas al cual se le venera y respeta. Para los kenyanos no existe desunión entre política y religión, sino que una alimenta a la otra, significa la unión entre el mundo espiritual y el mundo terrenal. No hay corrientes ideológicas específicas, todo se funde en una sola vertiente, un solo orden que no distingue nada.

Es muy evidente —a lo largo del libro— que la autora se preocupa más por describir las conductas de sus personajes en cuanto a resignación y estrépito, que en desentrañar los motivos que incitaron a los kenyanos para lograr su independencia. Es más factible que las luchas estuvieran sustentadas en el afán de vivir de acuerdo a sus antiguas leyes, que en atención a las contradicciones del progreso. La sociedad se concibe como una esperanza de permanecer, y para lograrlo deben vivir siempre igual. Las leyes sólo cambiarán de acuerdo a los tiempos. Si crece la población se deben modificar ciertos mecanismos. El trabajo no significará progreso sino proceso natural.

Si hemos de hablar de una carencia en esta obra, es precisamente el hecho de que no se dan referencias sobre la gestación de diversos movimientos políticos, la integración de diversos grupos de rebelión, ni se penetra ni se hace sentir el clima que había dentro de ellos. Esta carencia haría que la

LIBROS

obra se pudiera ver desde nuestro modo muy propio de entender los procesos de cambio como una caprichosa componenda. No obstante, nunca sería un añadido esa perspectiva unívoca, ya que el libro podría ser más resultado de una pasión excesiva que de una interpretación social. Esta disposición hace que se perturbe el impacto de la verdad y que se diluya la visión de la escritora. La vitalidad reconocible que poseen los personajes de María Luisa Puga constituye una identidad excepcional y a la vez solitaria. Se trata de un deslinde de lo que se ha dado en llamar "cultura natural" y sus alternancias con la "cultura impositiva". Los personajes denegan la fuerza del pensamiento civilizado, y las obsesiones del imperio colonial por establecer un proyecto con base en las individualidades.

Si toda obra posee un margen de error, el libro de María Luisa Puga confronta atisbos que lo eximen de la necesidad de desglosar múltiples carencias, ya que el testimonio está más orientado hacia el origen de una vida social que pretende "permanecer" para salvaguardar sus mitos, que hacia las asperezas de la vanidad y la sentencia occidentales.

DEL ESTILO A LA IDEOLOGÍA

Ana María Barrenechea, *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Buenos Aires, Monte Avila Editores, 1978, 322 pp.

POR JORGE RUFFINELLI

Los catorce ensayos que sobre *Textos hispanoamericanos* ha reunido en su libro Ana María Barrenechea, denotan ante todo la claridad de su inteligencia, la acuidad crítica que preside dicha claridad y, aún cuando entre el primero y el último corren veinticinco años de producción intelectual, un rigor y una coherencia realmente inusuales en la tradición crítica hispanoamericana. En esta 'tradición' hay dos líneas de fuerza bastante notorias y separadas: la que se encarga de dirimir en las obras su cualidad textual —rasgos de lenguaje, estilo, "forma", en suma— y la que las enfoca en su móvil relación con los contextos. La primera pide pureza al enfoque crítico, así como concentración en la inmanencia; la segunda explora ideologías, conflictos sociales y políticos, *huellas* de la historia, confiando en que todo esto está —y no sólo se 'refleja'— en la misma obra literaria. Barrenechea se ubica en la primera línea, descendiente de magníficos

